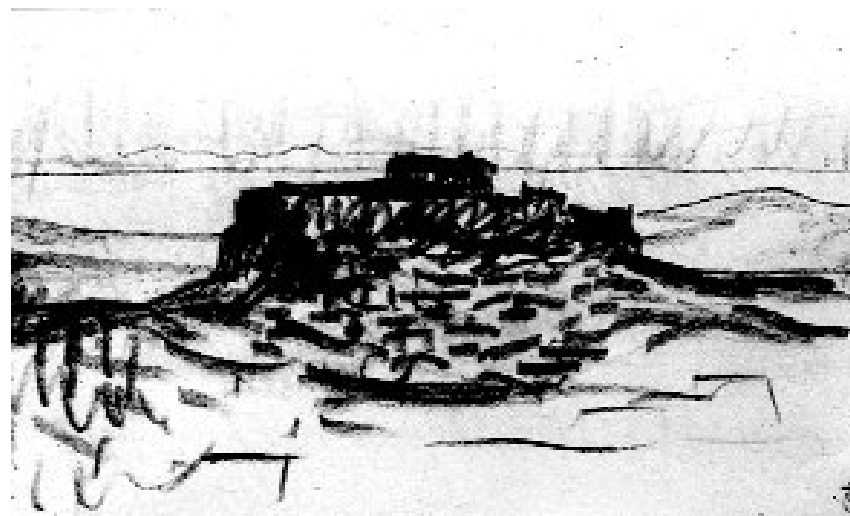


2006. 136
JAIA LORE ARTEAN

CIRCO

APUNTES DE VIAJE

JAIME SARMIENTO



Los arquitectos trabajamos con ese banco de recuerdos que incorporamos a la memoria y que nos sirve de caldo de cultivo para producir nuevas formas, para transformar el mundo.

Barcelona, Enero 2006.

Se da por hecho que la arquitectura, fuera del ámbito académico de las escuelas, se aprende viajando. El viajar supone un tipo de aprendizaje distinto al que se suele ofrecer en las aulas -no es casual que algunas escuelas de arquitectura hayan instituido, como formación complementaria, algunos períodos de viaje.

Son conocidos los viajes formativos de Le Corbusier por Oriente, de Frank Lloyd Wright por Japón, de Jorn Utzon por México o de Louis Kahn por Europa. Se sabe incluso que algunos de estos arquitectos no se educaron en ninguna escuela de arquitectura, que su formación autodidacta se debió a sus viajes y a su capacidad para observar.

¿A qué se debe que los arquitectos aprendamos viajando? De seguro se podrían dar variadas respuestas, pero creo que básicamente se debe a que los arquitectos somos transformadores -por no decir recicladores- del mundo, y para intervenir en él nuestra manera de obrar surge de la observación y del análisis de lo que ya está hecho. Esencialmente, nos "inspiramos" en lo que vemos.

Notas

(1) Buena parte del patrimonio griego y egipcio se encuentra en los museos británicos.

(2) Berger, John, *Mirar*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 2001, p. 60.

(3) He de confesar una pequeña experiencia: en alguna ocasión, mientras visitaba la zona de acceso público de la Casa Batlló, me fui adentrando en el interior de la vivienda principal, de propiedad de una empresa privada. De repente, me vi en el estar-comedor de la vivienda. Un empleado me sorprendió y me advirtió que tenía 5 minutos para mirar antes de marcharme. Era tanta la ansiedad que agarré mi cámara y comencé a tomar fotografías por todas partes. Por más que me esforzaba, no lograba abarcar en la lente todo el torbellino que se descolgaba del cielo, no podía apreciar la envoltura del espacio, tampoco lograba obtener una imagen que reuniera el interior y el exterior de esa especie de caverna. El edificio, con sus formas orgánicas, parecía moverse -casi podía sentir su respiración-, pero tal vida era imposible registrarla en la cámara. Pasados los cinco minutos, una vez estaba en la calle, me percaté de que realmente no había visto nada, de que la premura por captar aquel espacio a través del objetivo de la cámara había hecho que me perdiera de percibir su arquitectura.

(4) Es lo que Rafael Argullol denomina "la vida intrínseca de los objetos".

(5) Berger, John, *Ibidem*, p. 62.

Mientras se dibuja -no de manera mecánica- se van trazando las líneas, los contornos, se va meditando sobre la luz y en la sombra, se aprecian las relaciones entre los objetos, se miden las proporciones, se delinearán ciertos objetos y otros no, se establecen jerarquías; en definitiva: *se interpreta*. Cuando se dibuja se abstrae, se piensa. Las impresiones del mundo exterior pasan por nuestros ojos, se registran por el impulso nervioso de la mano y quedan consignadas en la mente. Se establece así un circuito físico y mental entre ojos, manos y cerebro.

El tiempo que otorga el dibujo es más prolongado que el de la fotografía -recordemos que a la fotografía también se le suele llamar instantánea. Durante el tiempo en que dibuja, el dibujante entra en una especie de convivencia con aquello que dibuja. Cuenta con un lapso de tiempo -aunque sea breve- en el que puede llegar a entender las leyes de lo que observa. Lo de afuera, pasa a ser interiorizado en su cerebro.

No solo es el tiempo, sino también el sentido el que puede ser inverso entre el dibujo y la fotografía. Quien toma fotografías persigue con el objetivo de su cámara hasta capturar las imágenes, en una dirección que va de adentro hacia fuera, mientras que quien dibuja asimila, en un sentido que viene de afuera hacia adentro, y por ello lo que dibuja lo incorpora en su memoria, lo hace propio.

Se ha de reconocer que hay distintas maneras de viajar. La mayoría de las veces, el viajero se provee de una cámara fotográfica, que en ocasiones utiliza cual si fuese un instrumento de caza (no es casual que las armas y las cámaras se *disparen*, buscando un objetivo). Con la cámara *capturamos* imágenes.

Pero el uso de la cámara, siendo una herramienta de mucha utilidad, también entraña una serie de inminentes peligros. Uno de ellos es el pensar que *poseemos* los objetos fotografiados. Puede haber en ello un acto de usurpación, por que las imágenes se extraen de sus contextos para ser exhibidas en lugares que pueden resultar totalmente ajenos, como a veces sucede con vestigios arqueológicos que son trasladados a los museos (1), o con las cabezas de animales que, en su casa, exhibe un cazador. Es por ello que algunas tribus o etnias se niegan a ser fotografiadas, por que consideran que, cuando se captura su imagen, se les roba el alma.

Otro de los riesgos que entraña la fotografía es el pensar que ésta es capaz de suplantar la memoria. Muchas veces tomamos fotografías para *fixar* un evento, para almacenar un recuerdo. Pensamos que, por el hecho de registrar y guardar un momento, ya no hace falta tenerlo presente. En tal caso, la memoria se vuelve obsoleta, por que es remplazada por la fotografía.

"La cámara nos libra del peso de la memoria. Nos vigila como lo hace Dios, y vigila por nosotros. Sin embargo, no ha habido dios más cínico, pues la cámara recoge los acontecimientos para olvidarlos". (2)

La fotografía también puede llegar a ser una actividad de consumo. En ocasiones tenemos tal avidez de "verlo todo", de registrarlo todo, que miramos sin ver; no somos conscientes de lo que tenemos ante nuestros ojos. El aprendizaje no tanto radica en la *cantidad* de información que recibimos desde fuera, sino en la *manera* en que discernimos nuestras impresiones del mundo exterior. (3)

Cuando se visita una obra, nuestros ojos indagan haciendo giros en todas las direcciones; miramos arriba, abajo, a los lados, volvemos atrás, apreciamos las dimensiones reales y entonces percibimos el espacio, lo cual es imposible de realizar a través del visor de una cámara. En la fotografía o el vídeo realmente no existe nada más allá de lo que cabe en el encuadre, aunque se pueda intuir el rededor. La experiencia arquitectónica trasciende el marco que define la cámara.

La fotografía, con sus accesorios (películas en color o blanco y negro, filtros, lentes que acercan, alejan o corrigen, angulares, etc.), tiende a transformar lo que percibimos a simple vista. Se puede exagerar el tamaño de una habitación, o la profundidad de un pasillo mediante la utilización de una lente gran angular. Con la fotografía se puede *distorsionar* la arquitectura; incluso hacer que parezca más atractiva ante nuestros ojos -es lo que suelen hacer las revistas de arquitectura para promocionar los edificios que publican. La fotografía crea otro ámbito; es, en si misma, un mundo en paralelo al de la arquitectura, que no debería confundirse con ésta.

Ninguna cantidad de planos ni fotografías puede reemplazar la experiencia directa de visitar un edificio, como tampoco mil reproducciones pueden superar la experiencia de apreciar el original de una pintura (en donde podemos comprobar el tamaño, las pinceladas, el colorido, el marco, etc). Pero, sobre todo, en una visita podemos aprender de la vida misma de los edificios (4), que no se puede reemplazar mediante imágenes, vídeos o cualquier otro tipo de medios.

He de aclarar que no tengo nada en contra de la fotografía, que sólo pretendo hacer caer en cuenta de algunos riesgos que entraña su uso indiscriminado. Bien utilizada, la fotografía es una herramienta que no solo nos sirve para registrar imágenes -que pueden ser testimoniales o motor de posibles transformaciones-, sino también para entender y construir el tiempo:

"Las fotografías son reliquias del pasado, huellas de lo que ha sucedido. Si los vivos asumieran el pasado, si éste se convirtiera en una parte integrante mediante el cual las personas van creando su propia historia, todas las fotografías volverían a adquirir entonces un contexto vivo, continuarían existiendo en el tiempo, en lugar de ser momentos separados. Es posible que la fotografía sea la profecía de la memoria social y política todavía por alcanzar" (5)

Existe otra actitud frente a los viajes que resulta menos consumista, intrusiva y usurpadora de la que puede tener un *paparazzi* con una cámara, es la de quien observa a través del dibujo.